



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año. Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 27.

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

23 de Julio de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

El paso de Roncesvalles, por don T. de Trueba y Cosío. — **Calvario y redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez. — **En un álbum**, poesía, por don A. Almendros Aguilar. — **Retroceder á tiempo**, por doña Adela Sanchez de Castro. — **Variedades**.

EL PASO DE RONCESVALLES.

(Leyenda histórica.)

Grande era el enojo de los caballeros cristianos en el reino de Leon, y sus miradas daban á entender, que el resentimiento que habian disimulado hasta entonces, pronto se manifestaria en toda su fuerza. Unos, á la sazón en que comienza esta leyenda, se paseaban por los salones del palacio del rey Alfonso, en tanto que otros menos sufridos, se alejaban de aquel sitio y llenos de despecho se dirigian á sus castillos.

—Vive el cielo! exclamó con arrogancia Favila; disponga el rey á su placer de su imperio leonés. En cuanto á mí, defenderé mi castillo á viva fuerza y romperé la alianza que he respetado hasta este momento desgraciado. ¿Qué degradacion es esta, nobles señores? ¿Cómo consenti-

mos que se entregue el reino de Leon, con todos sus guerreros y nobles, á un príncipe extranjero, como si se le diese una manada de ovejas? ¿Qué derechos puede alegar Alfonso para despojarnos así de nuestras propiedades, ó mejor dicho, de nuestra libertad, que es el mejor de los tesoros?

—Verdaderamente, dijo otro, ninguno, á menos que no lo haga en fuerza de la necesidad, puesto que no tiene quien herede su reino.

—Así es en efecto, interrumpió un tercero con una sonrisa sarcástica; pero tambien lo es que nosotros no tenemos la culpa; mal haya la virtud que ha hecho dar al rey el sobrenombre de Casto, si ha de redundar en perjuicio de nuestra independencia. Es, señores, una razon muy satisfactoria y no deja de ser en cierto modo muy agradable, esto de que porque al rey le plazca representar el papel de ascético, nosotros, que á la verdad no somos tan virtuosos, participemos de los felices efectos que producirá como es probable.

—Nobles y caballeros de Leon, dijo Favila, subamos á la cámara real y hablemos al rey.

—Diligencia inútil, á fé mia, exclamó otro de los circunstantes; Carlo-Magno está ya marchan-

do con toda su comitiva de caballeros y vasallos, y no tardará en aparecer en nuestro territorio á recibir el digno presente con que le favorece nuestro generoso monarca.

Continuaban aun en su debate, cuando se aproximó á ellos un guerrero armado de punta en blanco, y cuyo aspecto anunciaba una firme resolucion. La gallarda postura del jóven guerrero, gustó sobre manera á los nobles, y todos le saludaron con la mayor cordialidad. Él les contestó muy ligeramente, porque su imaginacion estaba demasiado ocupada en aquel momento, para detenerse en ceremonias.

—Es el jóven Bernardo si no me engañan mis ojos, dijo uno.

—El mismo, respondió Bernardo. Un verdadero caballero y un buen leonés, si bien ahora casi se avergüenza de llamarse tal. En vuestras miradas, señores, fácilmente se conoce que estais perfectamente enterados del peligro que nos amenaza, si no nos prevenimos inmediatamente para ahuyentarlo. Vuestros ojos tambien manifiestan la justa indignacion con que mirais las resoluciones del rey. Y bien, señores, ¿qué os detiene? ¿Es tiempo aun de permanecer en la inaccion? Vestid las armaduras y salgamos al encuentro de Carlo-Magno y de su corte orgullosa. Enseñémosle que tambien España produce una nobleza como puede ser la suya. Voy á ver al rey, y á hablarle con la sinceridad que cuadra á un guerrero.

Diciendo esto, subió rápidamente al palacio. Los nobles quedaron sumamente satisfechos de su comportamiento, aunque su decision en ir á hablar al rey era darles en cara por su tardanza.

—Es muy arrogante jóven, dijo don Recaredo, y el lustre de la caballeria brilla doblemente en él. Es lástima que sea de cuna tan oscura. ¿Ninguno de vosotros, señores, ha oido hablar de su nacimiento?

—Yo nunca, respondió un veterano leonés; aunque por mis años y mi larga permanencia en esta corte, puedo jactarme de saber como el primero, la genealogía de todos nuestros mejores caballeros. Por lo que creo, que para descubrir la del jóven Bernardo, seria necesario acudir á las artes secretas de la brujería. Sin embargo, él goza de mucho favor en la corte.

—Pche! contestó Recaredo sonriendo, quien sabe si ese favor pudiera servir de apoyo á nuestras sospechas! El rey quiere mucho á Bernardo ¿qué chasco fuera que Alfonso el Casto fuese padre, á pesar de toda su virtud!

—Callad, D. Recaredo, interrumpió Favila. No es la hipocresia el pecado de que se debe acusar nuestro monarca. Aun merece el título

de Alfonso el Casto. ¡Ojalá desplegase su celo del mismo modo en conservar el de victorioso, ahora que se le presenta ocasion de mostrarse digno de tan alto renombre.

Bernardo se habia presentado ante el rey, y con el desembarazo asi en la voz, como en los ademanes propios de su carácter altivo, le hizo presente la injusticia y la ignominia que llevaban consigo sus proyectos.

—Cómo, señor! le decia con calor, si vuestra virtud ó vuestros escrúpulos os privan de un sucesor á la corona, ¿es esa razon que justifique el acto vergonzoso que estais próximo á cometer? No hay hombres en Leon, cuyas sienes merezcan sustentar vuestra corona? ¿Por qué pues, buscarlos en paises extranjeros? Un valor igual al de Carlo-Magno, grande como puede ser el suyo, arde en los corazones de mil de vuestros súbditos, los cuales se avergüenzan hoy al contemplar á su monarca mas débil que su pueblo.

—Basta, atrevido rapaz! exclamó Alfonso irritado, te olvidas de que estás en presencia de tu rey y abusas de la estremada bondad con que siempre te ha honrado.

—Sé muy bien que sois mi rey, repuso Bernardo con firmeza. Tampoco soy ingrato á los favores con que siempre me habeis colmado. Pero aunque vuestra corona fuese diez veces mas poderosa y brillante y vuestros favores cien veces mas cumplidos, jamás Bernardo se detendria en manifestar sus sentimientos ó doblegaria en lo mas mínimo su independencia. Consideradlo bien, señor. Nos habeis entregado á Carlo-Magno; pero antes de haberos aventurado á ofrecer tan generoso don, deberiais haber contado con nuestro asentimiento, como requisito indispensable. Ahora veremos como cumplis vuestra promesa al dictador francés. Ese soberbio rey y su orgullosa corte y la flor de su caballería, cuyas glorias no se cansa de proclamar la fama, si bien disuenan á nuestro oido, hallarán en vez de una corona de oro y de un menegado rebaño, dispuesto á lamer la mano de sus señores, un ejército de caballeros armados y prontos á defender la independencia de este pais, que el rey Alfonso, olvidando su deber, ha comprometido tan vergonzosamente.

Al concluir estas palabras con un tono enfático y arrogante ademan, volvió la espalda bruscamente y libró al rey de su presencia. Pero Alfonso, aunque ofendido de la manera atrevida en que el noble jóven habia espresado su resentimiento, se vió obligado en cierto modo á hacerle justicia. Comenzó á sentir cierta vergüenza por la ligereza con que se habia conducido en sus ofrecimientos; y como hombre de verda-

dero valor y espíritu, no le desagradaba el ver que su nobleza hallaría un medio de reparar la desgracia que él mismo había causado. Al señalar á Carlo-Magno como sucesor de su trono, no había estado animado Alfonso seguramente por miras mercenarias, ni por ningún otro objeto siniestro. Un celo mal entendido, le había hecho formar tal proyecto. Como no tenía herederos á su corona, creyó que podía evitar las desavenencias, y disturbios que probablemente produciría su muerte, eligiendo un sucesor durante su vida. Carlo-Magno era un rey cristiano, y el guerrero mas célebre de la época. ¿Dónde se hallaría otro que con mayores ventajas condujese á sus valientes leoneses á la victoria? Además Alfonso, en su odio irreconciliable al nombre morisco, había solicitado el apoyo del rey francés para llevar adelante sus guerras con buen éxito contra los infieles. Pero desgraciadamente no era bastante político para prever los grandes males, los efectos desastrosos que produce el llamamiento de una legion extranjera para calmar las conmociones intestinas.

Bernardo, al salir del palacio, se unió á una multitud de caballeros, todos animados del mismo fuego patriótico que le había alentado á él cuando fué á reconvenir al rey. Se diseminaron por la ciudad hinchando los aires con gritos de independencia y persuadiendo á sus conciudadanos á que se les uniesen en tan gloriosa empresa. El efecto que produjo la alarma de los guerreros leoneses fué tan instantáneo como honroso y satisfactorio para ellos. El nombre de Bernardo corria de boca en boca, y su comportamiento con el rey, lo ensalzaban aun aquellos que rendían á su soberano el mas profundo respeto y veneracion. El fuego patriótico cundió como una chispa eléctrica. Toda la ciudad se puso en movimiento y pronto el entusiasmo se dilató al resto del pais. Por todas partes se oían gritos de libertad é independencia, y la esperanza de un buen éxito hacia latir el corazón de Bernardo, cuando presenciaba el ardor de sus compatriotas.

Á la mañana siguiente, salió Bernardo de la ciudad acompañado de tres mil guerreros, partícipes todos del entusiasmo de que él se sentía animado. Los bruñidos cascos resplandecían á los rayos del sol y la trompeta guerrera daba al aire tan belicosos sonés, que aun el mas tímido se sentía poseído del deseo de empuñar las armas. El pastor y el pacífico monge prontamente se armaron, de lo que á mano pudieron hallar primero, y corrieron á aumentar el brillante ejército de Bernardo. El glorioso pabellon azotaba los aires, representando un leon rampante

en campo rojo, y manifestando el digno emblema de un pueblo independiente y guerrero. El rey Alfonso, corrido de mostrar menos patriotismo que sus súbditos, montó un soberbio caballo, y agitando su poderoso acero corrió por las calles de la ciudad, jurando por su honor, mostrarse digno de la corona que llevaba.

Pronto se le unieron todos aquellos que por falta de resolución no habían tomado parte hasta entonces en el alzamiento; y con el aumento de esta gente y la comitiva de su corte, dejó la ciudad, y se dirigió á unirse con Bernardo y sus valientes compañeros. No tardó mucho en alcanzarlos.

—Paréceme que nos siguen al galope varios grupos de caballeros, dijo don Recaredo, y bien, señores, ¿serán amigos ó enemigos?

—¡Enemigos! don Recaredo, repuso Bernardo con una sonrisa despreciativa. «Me parece que sois muy mal adivino, si habeis supuesto por un momento que ese puñado de hombres se atreviera á provocar nuestro furor.»

—El rey!.... ¡El rey!.... repitieron en este momento varias voces.

—No hay duda; es D. Alfonso! exclamó Bernardo en el colmo de su gozo. Si, le conozco por su radiante armadura y por su intrépido caballo. ¡Gloria al rey D. Alfonso! ha conocido su error y desea repararlo.

El rey fué recibido con universales muestras de alegría; y si la animacion del ejército era grande antes de su llegada, su entusiasmo no conoció límites, desde el momento en que el monarca abrazó la gloriosa causa de la independencia. Alfonso dió un estrecho abrazo á Bernardo en prueba de reconciliacion y olvido y ocupó su puesto entre el grupo de los nobles, donde el pendon leonés agitaba sus magestuosos pliegues. El ejército, se dirigió con el mayor orden hácia las montañas del Pirineo; ese límite que ha puesto la naturaleza al suelo español, y que sus hijos deben siempre conservar intacto de la planta extranjera.

Las primeras noticias que llegaron á oídos de Carlo-Magno, sobre la marcha de Bernardo y sus compañeros las oyó con indiferencia, porque descansaba en el buen éxito que siempre había acompañado á sus armas victoriosas y en el indisputable valor y renombre de los caballeros de su corte. Sin embargo sus rosadas esperanzas se marchitaban por grados, al paso que cada uno de los últimos mensajeros, traía noticias alarmantes de la fuerza é imponente aspecto que presentaba el ejército independiente. El emperador francés, maldecía la volubilidad del rey de Leon, y pronto se dispuso él mismo para ade-

lantarse, y buscar al enemigo. Hallábase en su rededor un brillante concurso de caballeros, de los cuales los anales de la caballería, no presenta ninguno mas valiente, ninguno célebre por mas títulos. Vinieron á la conquista de España con Cárlo-Magno, el inflexible almirante Guarinos, Ferragut el fiero, el cándido Oliveros, Gai-feros el hermoso, el intrépido Rolando y otra porcion de apuestos caballeros, cuya reputacion en las armas era muy poco inferior á las de los guerreros citados.

T. de Trueba y Cosío.

(Concluirá).

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Elia á María.

Mucho tiempo hace que no te escribo, mi buena y dulce hermana, y sin embargo, pienso en tí á todas horas, y tu nombre acude á mi labio mil veces en cada dia.

Sí, María: mi corazon te llama á cada paso, y á través de la distancia que nos separa, vuela hácia el tuyo buscando en él la dicha y la esperanza que me falta.

¡La dicha! ¡la esperanza! ¡ay! habrán huido de mí para no volver nunca?

¿Será posible que mire siempre tan triste y tan helado y tan sombrío cuanto encuentro en torno de mí?

No sé! pero esto seria espantoso.

Seria acaso estar condenada á vivir en la sombra, habiendo vislumbrado un rayo de luz! seria como tener la juventud en la frente y la fria vejez dentro del alma!

Oh! mil veces me pregunto por qué ha venido ese hombre á nuestra casa? por qué la casualidad le ha hecho venir á recobrar aquí la vida, para dejar en cambio la muerte en mi alma?

Perdona, hermana mia, que te hable así; pero desde que Gustavo se alejó, mis ideas se han vuelto tristes como la ausencia y amargas como el pesar.

Todo lo que ayer me halagaba y hacia asomar una sonrisa de mi boca, me llena de angustia hoy, y hace brotar una lágrima de mis ojos.

Las flores de nuestro jardin están pálidas y místicas: el estío las marchita; pero á mí me parece que se deshojan agostadas por el dolor, como las flores del alma.

Antes, en esa devastacion de los arbustos y de las ramas, solo veia el anuncio de la llegada del otoño, con sus dulces frutas, sus abundantes

recolecciones, premio del trabajo, bendita recompensa que Dios da á los afanes del pobre honrado.

Hoy, María, en cada hoja que se desprende de la flor, adivino una historia y comprendo un dolor secreto.

Tambien las rosas deben tener pesares cuando así inclinan sus corolas y se despojan de sus galas.

Nuestra madre está inquieta por mí; á cada instante me pregunta si estoy enferma, y toca mis manos y besa mi frente, prodigándome los nombres mas dulces.

¡Pobre madre mia! solo yo quedo á su lado, y el temor de perderme tambien la aterra sin duda.

Y sin embargo, yo procuro sonreir siempre que estoy en su presencia, y cuando alguna vez lloro, enjugo mis ojos y tranquilizo mi semblante, antes de presentarme á ella.

Ayer fué la fiesta de la Virgen: todo el pequeño pueblo estaba engalanado y lleno de flores; en todos los semblantes rebotaba la mas pura alegría, y las campanas, con su vibrante sonido, pedian á las almas una oracion, una ofrenda para la Reina del cielo.

Todas las jóvenes estaban reunidas en la plaza, ante la puerta del templo, donde se iba á empezar el baile.

Yo las veia á lo lejos desde mis ventanas, envidiando su tranquila alegría, y el gozo que sin duda latia en aquellos corazones, aprisionados bajo su jubon de raso negro.

Un grupo de ellas se separó de las demás, y se encaminó hácia nuestra casa, llevando á su frente al anciano párroco.

Venian para suplicarme que las acompañase y tomara parte en su diversion.

En un principio me excusé cuanto pude; pero cuando el bondadoso sacerdote unió, sonriéndose, su ruego al de aquellas sencillas jóvenes, tuve que ceder, obedeciendo á nuestra madre, pues ella no queria dar una negativa que pudiera achacarse á orgullo.

Me puse un vestido de muselina blanca, peiné mis cabellos dividiéndolos en dos largas trenzas, que dejé sueltas á la espalda, y me adorné con la cruz y los pendientes de oro que aun conservo como recuerdo de nuestro padre.

¿Para qué mas?

Así salí de casa, y rodeada de las que habian venido por mí, me dirigí á la plaza donde estaba reunido lo mas escogido del pueblo.

No sé por qué todas las miradas se fijaron en mí, y por un momento fuí el objeto de todas las conversaciones y de todos los obsequios.

La música empezó, y el baile no tardó en animarse.

No puedes tener una idea de la alegría y la franqueza que reina en estas diversiones, embellecidas por la modestia y la sencillez, presididas por la ancianidad y santificadas por el recuerdo de la Madre de Dios.

Yo veía á aquellas jóvenes aldeanas mas dichosas que nosotras en su humilde condicion, que sonreían con expresion serena y casta al ver al hombre de su amor, y que ostentaban en su pecho y en sus rizos hermosas flores, cogidas por ellos en los linderos del bosque vecino.

Oh! si Gustavo hubiese estado allí! si hubiese sido uno de esos hijos honrados del trabajo que desconocen la ficcion, que no sienten su corazon gastado por los desengaños, ni han aspirado jamás el corrompido ambiente de las grandes ciudades, yo me hubiera creído feliz, y hubiera bendecido á Dios con toda mi alma, al cruzar solo una mirada con él y al cambiarle una sonrisa.

Pero no: estaba sola! ningun corazon comprendia el mio, y el placer de los demás me causaba tristeza infinita.

Este sentimiento fué tan poderoso en mí, que sin saber lo que hacia y aprovechando un momento de distraccion, dejé mi asiento, y cubriendo mi cabeza con un pañuelo de batista, penetré en la iglesia, cuya entrada estaba muy cerca de mí.

El sencillo y pequeño templo estaba desierto. Los corazones angustiados buscan con mas frecuencia un sitio al pié del altar, y aquel dia todo era regocijo y fiesta en redor.

Pero si reinaba allí la soledad y el olvido, se aspiraba en cambio un perfume divino, se gozaba una santa y sublime quietud.

La imagen de la Purísima Virgen María se alzaba en medio de la nave, sobre un altar cubierto de flores, é iluminado con multitud de luces.

Estaba tan bella, habia en su casto semblante tanta dulzura y tanto amor, que involuntariamente caí de rodillas, y fijando en Ella mis ojos la dirigí mi ferviente oracion.

El nombre de Gustavo brotó á pesar mio entre las frases de mi plegaria, tan espontáneamente como brotaron las lágrimas de mis ojos y los gemidos de mi corazon.

Entonces, no sé si fué ilusion mia, pero en una de las capillas que hay en el templo, y que estaba situada a mi derecha, creí percibir un suspiro, respondiendo quizás á los míos.

Me estremecí, y sin embargo no me atreví á mirar á aquel lado ni á moverme del sitio en que estaba.

Dejé pasar algunos instantes: mi corazon la-

tia con violencia; aquel eco habia estremecido mi alma, recordándome un acento que quizá no volveré á oír.

No sé cuanto tiempo pasó; pero al fin me levanté, y despues de despedirme de la Madre de Dios, me dirigí á la puerta del templo.

Entonces me determiné á mirar hácia el sitio donde creí haber oído el suspiro.

¡Nadie habia allí!

Solo en el suelo ví destacarse un objeto blanco.

Me acerqué y le miré con la mayor atencion.

Era un ramo de jazmines sujeto con una cinta; en la cinta habia un nombre y ese nombre era el mio.

No puedo explicarte lo que pasó por mí.

De quién eran aquellas flores? por qué estaban unidas al nombre Élia?

Yo no pude explicármelo entonces, como tampoco podria ahora.

Dudé por un momento lo que debia hacer, y al fin, volviendo á desandar lo andado, llegué junto á María y las deposité á sus sagrados piés.

Allí puse con ellas todas mis esperanzas!

Oh! habrá vuelto? le veré de nuevo? esta pregunta brotaba á cada paso de mi alma.

Animada por esta esperanza, dominada por esta idea, manifesté deseos de volverme á casa.

Tal vez él me estaba aguardando! tal vez iba á encontrarle allí!

Pero ¡ay! María, me he engañado! nuestra madre estaba sola, y en vano esperé toda la noche.

En vano tambien, despues que todos se recogieron, pasé largas horas ante mi ventana.

Gustavo no ha vuelto, Gustavo no piensa en mí: aquel suspiro, aquellos jazmines nada tenían de comun con él, y yo soy una niña al concebir una esperanza.

Perdona la tristeza de mi carta: tengo que fingir tanto en todo el dia, que bien merece disculparse esta negra melancolía, que á través de estas páginas deposito en tu alma, María.

Adios, y no te olvides de tu hermana—ÉLIA.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilechez.

EN UN ALBUM.

ORIENTAL.

En un extremo de Europa
Y en una punta de España
Que el cielo mas limpio baña
De apacible claridad,
Y á la márgen de dos rios
Que llevan arenas de oro
Dentro su cauce sonoro,

Hay una hermosa ciudad.

Diz que el moro la apresó
Y al encontrála tan bella
Rico un trono fundó en ella
Y córté fué de un Sultan;
Los Reyes de cinco siglos
La adornaron á porfía
Y perla del medio-día
La llamaba el musulman.

Diz que el rey que la perdiera
Después de heroica conquista,
Al perderla de la vista
Á ella los ojos tornó,...
Y al contemplar su hermosura
De otro dueño, arrepentido
De no haberla defendido
Como una mujer lloró.

Y aun hoy diz que en el desierto
Si al cielo de España mira
El moro errante suspira
por el Granadino Edén...
Y en el aduar salvaje
Junto á su corcel tendido,
Aun, se duerme entretenido
Con su recuerdo también.

Que es Granada una paloma
Que en un canasto de flores
Tiene su nido de amores
Y en él arrulla gentil,
Y su arrullo es el murmurio
De mil cascadas y fuentes
Que desatan sus corrientes
Para buscar á Genil.

Y es cual doncella rendida
Al amante en fresca noche
Pronto á desatar el broche
Que ata su manto de tul....

Manto blanco, azul y verde....
Por su vega dilatada
Y por su sierra nevada
Y por su almo cielo azul—

Oh! por eso en el desierto
Si al cielo de España mira
El moro errante suspira
Por el Granadino Edén.

Por eso en sus oraciones
La frente sobre la arena
Por tornar á la agarena
Ciudad, suplica también.

Y hace mal, porque el cristiano
La tiene siempre en memoria
Y en ella funda su gloria
Porque es de su gloria luz.

No hay quien la compre ni goce
Y por siempre desde ahora
Está ya la perla mora
Engarzada en una cruz.

A. Almendros Aguilar.

RETROCEDER Á TIEMPO.

(CONCLUSION.)

—Perdon, perdon.

—Dios que vela siempre por el desgraciado, perdona al delincuente arrepentido, dijo con acento divino mi dulce aparicion.

Su voz se introdujo en mi corazon: el nombre de Dios, por sus labios pronunciado y por mí tan olvidado, llevó á mi alma un inmenso consuelo, una suprema esperanza, y asiéndome á él como á mi única salvacion, murmuré:

—Yo creo en Dios, yo le adoro, tráeme su perdon ángel divino, y habrás salvado á un alma de la desesperacion.

Oh! que cierto es que en los supremos momentos de la vida, hasta el mas escéptico acude á Dios; en esos instantes, todos reconocemos la necesidad de creer en un Ser supremo que nos consuele.

—Yo no soy un ángel divino, repuso mi salvadora, soy solo una pobre mujer: alce V., Cárlos.

Me tendió su linda mano; me levanté sorprendido al oír pronunciar mi nombre, y me encontré frente á frente de una jóven, blanca como su pureza, bella como el dia: aquella mujer era mi esposa, era María.

Yo me incliné, sonrió con dulzura ella, y su esposo prosiguió:

—Yo conocia á María, porque su familia estaba ligada á la mia por los lazos de la amistad: en ella habia encontrado siempre el cariño de una hermana.

—Oh, María, murmuré, V. ha salvado mi alma, Dios ha traído á V. á mi lado.

—Paseabamos por aquí, por entre la espesura, ví á un hombre sumido en sombría meditacion, me acerqué, lo reconocí á V., y evité el horrible crimen. Cárlos, ¿estaba usted loco al querer quitarse la vida que Dios le ha dado, y de la que solo Él puede disponer?

No encontraba palabras con que disculparme, y la llegada de la madre de María, que hasta entonces habia permanecido apartada, respetando mi emocion, me sacó de situacion tan embarazosa.

Me reconvinieron dulcemente; yo les rogué pidieran á Dios que me perdonara, y desde aquel dia aquella familia fué la mia. La virtud de aquella niña purísima me hizo comprender que la virtud existia, su fé despertó la mia, dormida desde la infancia; su dulzura agitó mi corazon, muerto por la mano de hierro del vicio; mi arrepentimiento me llevó á la iglesia, lloré mis

errores, y fui perdonado, recibiendo con el perdón, inefable consuelo y una vida nueva. La familia de mi esposa me proporeionó un destino que desempeñé con esmero, y bien pronto amé con delirio al ángel de mi redencion; ella me amaba hacia tiempo, y cuando despues de mi trabajo gozaba al lado de la mujer amada los inefables placeres de un amor purísimo, comparaba aquella tranquila existencia con mi pasado infierno, y no podia menos de bendecir á Dios: todas las emociones que habia buscado en el delirio del placer, en la embriaguez del juego, las encontré allí, con la única diferencia de que estas eran dulces, tranquilas, exentas de remordimientos y amarguras; pensaba que habia derrochado mi juventud buscando la felicidad, cuando tan cerca la tenia, y me desesperaba al ver mi ceguedad; pero pronto la esperanza en el porvenir abria nuevos horizontes á mi vista, y me sentia feliz.

Cuando los padres de María se convencieron de que mi arrepentimiento era sincero y me habia servido de provecho la severa leccion recibida, me concedieron su mano.

En cuanto fui su esposo deseé huir de Madrid, de su continuo bullicio, que mis crímenes me recordaba, renuncié mi destino, nos vinimos á este poético retiro, y me dediqué por completo á aumentar el capital de mi esposa; esa casita es mi paraiso, María, mi ángel bueno, y recuerdo mi borrascoso pasado como un sueño horrible.

Calló fatigado; yo me sentia agitado por extraña emocion; pensaba que mi porvenir era el suicidio tambien, si no ponia remedio, que estaba próximo á caer en el abismo de que él habia sido sacado por la mano de un ángel, y me estremecí de terror: dominado por la idea de que mas feliz que mi amigo habia sido salvado antes de perderme del todo, pues Dios me habia conducido allí para que de mi mente desaparecieran las sombras que la oscurecian, y al oir la historia de mi compañero de orgías, sintiera como él el arrepentimiento, solo pude murmurar algunas frases estúpidas. Carlos clavaba en mí sus grandes ojos como queriendo introducir en mi inteligencia las ideas salvadoras que en la suya se agitaban.

Me rogaron que cenara con ellos y que pasara la noche en su quinta, acepté con gratitud tal proposicion, queria estar todo el tiempo posible al lado de mi amigo y su angelical esposa; poco despues entrábamos los tres en la posesion; allí se ofreció á mi vista una escena conmovedora; una jóven salió al encuentro de mis amigos, llevando en sus brazos un niño de la tier-

na edad de un año, el niño se acercaba á ellos batiendo palmas y expresando su alegría con ese grito inarticulado que indica el contento de los niños; cuando estuvo junto á sus padres, rodeó con sus bracitos el cuello de los dos, y uniendo sus cabezas con lazo tan encantador, repartia entre uno y otro rostro sus dulces besos, mezclaba sus cabellos en una misma caricia; yo me aparté de aquel bello grupo, contemplé con los brazos cruzados aquel ángel purísimo que embellecia dos existencias, y al recordar que yo tambien tenia una esposa tierna, que quizá estaba próximo a ser padre, una lágrima rodó por mis mejillas; bien pronto dominé mi emocion; los felices padres apartaron sonriendo la rubia cabeza del niño, y penetramos en las habitaciones.

Cené con ellos mudo y sombrío; María se esforzaba por distraerme; él comprendia mi meditacion y la respetaba.

Cuando me encontré solo en la habitacion destinada para mí, me arrojé sin fuerzas en un sillón; mi mente estallaba al impulso de encontrados pensamientos, mi pecho se levantaba agitado por mil distintos sentimientos; por un lado mis placeres, mi querida libertad; por otro la paz del hogar doméstico: cuando me decidia á seguir mi vida de libertino, recordaba la historia de Carlos, y veia al fin de ella la abyeccion mas vergonzosa, el suicidio; determinaba ser buen esposo, y me aterraba renunciar á mi vida de siempre; aquellas dudas eran las últimas convulsiones del calavera, los postreros esfuerzos del ángel malo, que no queria abandonar su presa: la luz de la razon iluminó al fin mi inteligencia: ví en todas las coincidencias que me habian llevado á aquel sitio, en el descarrilamiento del tren, en mi solitario paseo, en mi emocion ante el magnífico espectáculo de la naturaleza, y mi extraño encuentro, la voluntad suprema de Dios que me llevaba derecho al camino del arrepentimiento, para que hiciera la felicidad de mi buena esposa, y en un arranque sublime, exclamé alzando al cielo mis ojos:

—Admiro tu poder, Dios mio, sí, retroceder á tiempo es salvarse; nunca es tarde para seguir por el camino del bien; es heróico resistir á la fuerza magnética que á la perdicion nos arrastra, y yo sabré volver la espalda á los placeres que me embriagaban. ¡Oh, que bello es ser bueno, me siento orgulloso de mi mismo!

Me tendí despues en el lecho, y me dormí con una tranquilidad que hacia mucho tiempo no disfrutaba: soñé con ángeles y delicias; ví la dulce sonrisa del hijo que el cielo me concedia, y desperté con el alma inundada de placer.

Mis amigos se habian levantado para despedirme, participé á Carlos mi resolucion, la aplaudió con todas sus fuerzas, y me dijo al despedirme:

—Usted será mas feliz que yo, porque ha retrocedido á tiempo; hacer las cosas á tiempo, es la gran ciencia de la vida; aunque ha llegado V. al error, no ha caído en el crimen, y no tendrá V. una cosa que su felicidad turbe: el remordimiento; sea V. feliz.

Le dí las gracias, porque despues de Dios á él debia mi conversion; me despedí de su bella esposa, y bajé al pueblo: en vez de tomar el tren para Cádiz, lo tomé para Madrid.

Llegué por fin, muy tarde para lo que mi impaciencia deseaba; corrí á la fonda y me arrojé á los piés de mi esposa; ella se sorprendió, estaba muy lejos de esperar mi arrepentimiento.

—Dios ha tocado mi corazon, le dije, y me ha conducido á tus piés: perdóname.

Ella me amaba, y me perdonó loca de ventura.

Como Carlos, encontré en el amor de mi esposa, en los puros goces de la familia, la verdadera felicidad, las mas dulces emociones; y cuando recordaba yo con amargura, pero sin remordimiento, porque no habia llegado al crimen, mi pasada borrascosa vida, decia repitiendo las frases de Carlos: «hacer las cosas á tiempo, es la gran ciencia de la vida;» si yo hubiera seguido por aquella pendiente fatal, hubiera llegado á la ruina, al oprobio y la vergüenza.

—Aquí tiene V. mi historia, amiga mia, ¿le parece á usted interesante?

—Y provechosa, repuse agitada por la conmocion que me habia producido su largo relato.

—Piensa V. publicarla?

—Por lo menos escribirla, sí.

—Cuidado con los nombres.

—No tema V.; le doy las gracias por su complacencia, y le reitero mi afecto: es muy noble conocer los propios errores y enmendarlos: ojalá haya muchos que, imitando su ejemplo, se retiren del borde del abismo antes de caer en él.

Adela Sanchez de Cantos.

VARIETADES.

LA VÍRGEN DE DANTZIG.

(Conclusion).

En seguida se hizo un exámen minucioso del cadáver. Hallaron en su mano, crispada todavía el boton que faltaba en el vestido del artista, y al verlo el capitán, exclamó enojado:

—¡Caramba! He ahí un indicio cierto señor, escultor; en nombre de la ley, quedais arrestado en seguida.

El pobre Mario estaba consternado. En vano protestó de su inocencia, pues siempre recibió por única respuesta un ¡hola! ó un ¡caramba! mas acentuados aun que los anteriores.

A pesar de las lágrimas de su anciana madre que iba á quedar en la desesperacion, el infortunado artista debió pasar á la cárcel.

Conducido antes jueces, para defenderse, Mario no pudo hacer mas que referir exactamente lo acontecido en aquella noche fatal. No se le dió crédito; y las deposiciones del capitán, exageradas villanamente, dieron pábulo á las apariencias, hasta el extremo de que fuese condenado á muerte el escultor.

Durante este tiempo; la pobre madre no cesaba de encomendar su hijo á Maria llamada por la Iglesia *Espejo de justicia*, y hasta el mismo Mario, que habia profesado siempre un verdadero amor á la santísima Virgen, le prometió labrar una estatua en honor suyo si llegase á quedar manifiesta su inocencia.

Cuando le fué leída la sentencia, no quiso por esto dejar de obsequiar á Maria, como lo tenia ofrecido, y pidió á los jueces que demoraran la ejecucion á fin de poder cumplir su voto.

Los jueces eran buenos cristianos, y respetaban un voto como una cosa altamente santa. A mas de esto, decian que el crimen no estaba probado de tal suerte, que dejase de haber esperanza de que con el tiempo se descubriese mas claramente la verdad. Estas consideraciones reunidas les inclinaron á conceder al acusado el tiempo que pedia.

Mario emprendió su trabajo con el ardor de una verdadera piedad. Empezó derramando su corazon ante la buena Virgen, rogándole que le inspirase y bendijera en aquel último homenaje que iba á tributarle. En seguida empezó á modelar la imagen que en sus largas horas de prision habia concebido en su entendimiento.

Poco á poco fué reconcentrándose todo su espiritu en la obra que le llamaba la atencion; sus ojos se iluminaron, y moviendo sus dedos tremulentes sobre la dócil arcilla, olvidó su prision y la ignominiosa muerte que le estaba aguardando. Finalmente, cuando al salir como de un prolongado éxtasis dió el último golpe del buril á su modelo, se encontró con una imagen de Maria, tan bella, tan atractiva entre sus manos, que cayó involuntariamente de rodillas, y dijo en alta voz: *Salve, Regina...*

Al dia siguiente, y á ruegos del artista, los jueces le fueron á ver en su prision. Al distinguir la imagen, quedaron inmóviles de admiracion, y se dijeron los unos á los otros: «No; no es posible que aquel que tan bien conoce á la Reina de los Angeles sea un miserable asesino. Es preciso examinar este fatal proceso «con mas detencion.»

No hubo necesidad de tanto, pues dos dias mas tarde el verdadero asesino, preso por otros crímenes, confesó él mismo lo que habia hecho en la casa del escultor.

Los jueces dieron á Mario una pública satisfaccion, y en medio de una multitud inmensa de pueblo y de personas elevadas, fué llevado á su casa como en triunfo. Su anciana madre casi murió de placer.

Mario acabó la estatua prodigiosa. Fué colocada en la iglesia de Nuestra Señora de Dantzic, en donde hoy se conserva todavía, siendo objeto de mucha veneracion y confianza.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes